

redactor de la retractacion, titulándole «enemigo del Estado;» y dispuso que se intimára á los cardenales limitasen sus visitas al papa á los actos de mera atencion.

Poco despues se publicaron dos decretos imperiales. El 1.º, de 13 de Febrero, declaraba ser el Concordato último ley del imperio y prevenia que como tal se circulase en la forma comun á los tribunales y autoridades. El 2.º, de 25 de Marzo, declaraba en especial que el citado Concordato obligaba á todos los arzobispos, obispos y cabildos, así del imperio como del reino de Italia.

Con vista de estos actos imperiales, el papa comunicó á los cardenales una alocucion con fecha de 9 de Mayo, en la misma forma que se habia circulado entre ellos la retractacion poco ha referida; haciendo que cada uno de ellos la copiase para que constase en lo futuro. En este documento el papa reproducia su carta de 24 de Marzo al emperador y la alocucion del mismo dia; se lamentaba de la prision del cardenal di Pietro; hacíase cargo de los dos decretos imperiales de que va hecha mencion; y advertia á los metropolitanos que no se atuviesen á disposiciones ya revocadas.

Con la noticia de que iba á celebrarse en Praga por mediacion del emperador de Austria, cierto congreso en que habia de tratarse de la paz general, el Santo Padre, creyó oportuno dirigir á Francisco I una carta reclamando los derechos de la Santa Sede á los Estados de Roma.

A pesar de las últimas disposiciones de Napoleon, el palacio de Fontainebleau era muy concurrido de clérigos y aun de legos, que de todas partes venian á solicitar de Pio VII la resolucion á las dudas que á cada paso ocurrían en tan críticas circunstancias, y gracias y dispensas de todas especies. Hubo mas: los mismos que habian querido aislar al papa, empezaron á insinuarse, por encargo de la corte de Paris, con tendencia á un nuevo arreglo de negocios.

Otro de los exploradores fué monseñor Fallot de Beaumont, arzobispo electo de Bourges, con quien el papa se manifestó muy firme. Hubo de volver, sin embargo, á instarle; y con efecto, en Enero de 1814 lo hizo ofreciendo que se restituirían al Santo Padre la capital de Roma y las provincias hasta Perugia. Pio VII contestó

que solamente deseaba que se le permitiese volver á Roma lo antes posible; y que si no queria la Providencia que regresase á dicha capital, sus sucesores recobrarían los Estados pertenecientes á la Sede Apostólica; añadiendo que no era enemigo del emperador ni le permitia serlo la Religion.

Llegaron á Fontainebleau en la mañana del 22 siguiente algunos carruajes vacíos, y se presentó allí Lagorsse procedente de Paris. El coronel manifestó que tenia orden de que el papa emprendiese su marcha al dia siguiente, y de conducirlo á Roma con toda celeridad.

Con efecto se dispuso el viaje, y la salida del papa se verificó en la mañana siguiente, segun se habia convenido, despues de haber Su Santidad oído misa y hecho un rato de oracion, y de despedirse tiernamente de los Cardenales, haciéndoles presente que su decano, Mattei, era depositario de las instrucciones á que debían arreglarse en los casos que pudiesen sobrevenir, y prohibiéndoles mezclarse en la estipulación de ningun tratado sobre lo espiritual ni sobre lo temporal: y habiendo dado la bendicion al pueblo de Fontainebleau, agrupado en derredor de los carruajes. Al dia siguiente marcharon los Cardenales Mattei, Dugnani, de la Somaglia y Pacca, y luego sucesivamente los restantes.

Las poblaciones del tránsito manifestaban tanto entusiasmo hácia el Santo Padre como frialdad y tal vez odio hacia la persona de Napoleon.

La caída del tirano estaba resuelta. Habia sido invadida la Francia y ocupada Paris, mientras Pio VII continuaba su marcha verdaderamente triunfal. El gobierno provisional de aquella corte espedia en 2 de Abril un decreto en que disponia que cesase todo retraso en este viaje, y se hiciesen á Pio VII en su tránsito los honores que le eran debidos.

El 30 de Abril Pio VII escribió desde Cesena á Luis XVIII, con el cual habia interrumpido su comunicacion desde la época del primer Concordato con Bonaparte, y que de su emigracion en Inglaterra, marchaba á ocupar nuevamente el trono de Francia, advirtiéndole que en la Constitucion del Senado habia artículos poco conformes á los principios religiosos y á los derechos de la Iglesia, y que «abriese los ojos antes de jurarla.» Le recomendó

ademas la restitution de los Estados de la Iglesia; cuyo pensamiento, segun creia, dominaba en los consejos de las potencias amigas (á cuyos auxilios debia Luis la invasion de su capital, verificada en 31 de Marzo, á la cual fue consiguiente la espulsion del usurpador y su confinamiento en la isla de Elba.) Y al fin reclamaba que se le devolviesen los archivos de Roma, violentamente arrebatados por los imperiales.

Pio VII llegó el 12 de Mayo á Ancona, donde fué recibido con indecibles muestras de satisfaccion y alegría. Hiciéronsele los mayores obsequios. El 13 coronó en la catedral la imagen de la Virgen titulada *Regina sanctorum omnium*. Al dia siguiente salió para Loreto. En este tránsito se solicitó del papa un asilo en Roma para la madre de Napoleon, á la cual mandó Su Santidad se acogiese con benevolencia, como lo habia sido y lo fué despues su hijo Luciano; igualmente que al cardenal Fesch, á quien recibió con singular afecto.

En 20 de Mayo el Pontífice envió á Paris al cardenal Consalvi, su secretario de Estado, acreditándole cerca de Luis XVIII; y ademas puso en sus manos un breve de la misma fecha, en que reclamaba contra la convencion de Tolentino. El cardenal Pacca fué nombrado suplente de Consalvi en la citada secretaría.

En 24 del mismo mes Pio VII hizo su entrada solemne en Roma acompañándole en el carruaje que le conducia, los cardenales Mattei, decano del sacro colegio, y Pacca, arrebatado en 1809 juntamente con Su Santidad por el general Radet. No hay ponderacion que alcance á pintar el entusiasmo con que fué acogido el Santo Padre por el pueblo de Roma, despues de cinco años de un duro cautiverio y de mil disgustos de todas especies, ni las tiernas emociones del venerable Pontífice al verse restituído á la santa ciudad como por un prodigio. Dió gracias al Señor con ejemplar rendimiento, postrado en la Basílica de S. Pedro; y al entrar en su palacio, no pudo contener mas las lágrimas, al vivo recuerdo que le ofreció aquel lugar de las escenas violentas que señalaron su espulsion en la madrugada del 6 de Julio.

El Cardenal Consalvi, en uso de los poderes que le habia confiado el papa, hallábase en Paris inquiriendo las disposiciones del nuevo gobierno sobre negocios eclesiásticos; y comprendió que, si

bien este rechazaba el Concordato de Fontainebleau, no seria facil anular el de 1801. Pasó enseguida á dar gracias al ministerio de la Gran-Bretaña por el interés que habia manifestado en favor del papa, procurando su libertad. Consalvi fue bien acogido en Lóndres, desde cuyo punto dirigió, con fecha de 23 de Junio de 1814, á los ministros de las principales potencias de Europa, una nota razonada, en que á nombre de Su Santidad se reclamaban todos los Estados que pertenecian á la Santa Sede; puesto que, si bien el Papa iba restableciendo su autoridad en el pais ocupado por las tropas de Murat, los austriacos continuaban apoderados de las legaciones que abandonára el príncipe Eugenio. Partió despues Consalvi á Viena á instar esta solicitud cerca de Francisco I, en cuyo nombre eran detentadas: hubo sobre ello larga correspondencia entre Roma y aquella corte, y se vió que hasta reunirse el Congreso aplazado para la misma capital no se lograria al objeto apetecido.

El papa, entretanto, habia emprendido con ardor la reorganizacion de sus Estados bajo todos aspectos: mejoraba las leyes; premiaba á los súbditos que se habian sacrificado en su obsequio en los años anteriores: perdonaba generosamente á los que habian tenido la desgracia de olvidar sus deberes; procuraba indemnizar á las provincias que habian sufrido mayores desfalcos á causa de la guerra; propagaba los institutos religiosos, y enviaba misioneros á varios países; y en medio de tantas atenciones, no dejaba de continuar embelleciendo su capital.

Entre sus disposiciones pertenecientes al año de 1814, sobresale el breve que restableció la órden de los Jesuitas, su fecha 7 de Agosto. En él manifiesta Su Santidad haber hecho concesiones particulares en este punto respecto de la Rusia y del reino de Las Dos Sicilias en los primeros años de su pontificado: así que estendia estas providencias especiales á todo el orbe católico, porque este, decia Pio VII, «pide unánimemente el restablecimiento de la Compañía de Jesús, y se nos dirijen diariamente al efecto peticiones las más empeñadas, por nuestros venerables hermanos los arzobispos y obispos, y por las personas mas distinguidas.»

En 26 de Setiembre Pio VII dirigió una alocucion á los Cardenales, en que les indicaba con sencillez y ternura sus padecimien-

tos, los consuelos que experimentó en los países que hubo de recorrer, dando gracias á Maria Santísima y á los Apóstoles San Pedro y San Pablo por haberle asistido en sus amarguras.

Habíase restablecido la correspondencia entre las cortes de Roma y Paris por medio de un embajador extraordinario á quien acreditó cerca del papa el rey Luis XVIII, Mr. Cortois de Pressigny, antiguo Obispo de Saint-Malo. Y á la conclusion del año de 1814 Su Santidad escribía á aquel Monarca manifestándole que estaba dispuesto á acceder á las proposiciones que se le habian hecho de aumentar algunas sillas episcopales en Francia; que deseaba se dotase á las iglesias con bienes raíces segun lo prescriben los cánones; aunque acaso no seria esto realizable por entonces; y que igualmente ansiaba ver derogadas algunas disposiciones contrarias á la autoridad y libertad de la Iglesia, particularmente las leyes sobre el divorcio: concluyendo con manifestar la confianza que le inspiraba la esquisita piedad del soberano francés.

En el año de 1815 Roma se vió agitada por nuevas perturbaciones. Murat habia tratado con el papa á fin de que le asegurase la investidura del reino de Nápoles; pero sus comunicaciones tomaban otro tono; y cartas de Ancona anunciaban al Cardenal Pacca que Murat se disponia á emprender desde aquel punto una sublevacion del pueblo romano en favor de la independencia de la Italia, apoyado en las tropas que dentro del Estado del papa tenia á sus órdenes, no habiendo en aquellos puntos mas de tres batallones pontificales. En 26 de Febrero Napoleon salió de la isla de Elba y se dirigió á Francia. Hallándose Roma en consternacion por estos sucesos combinados, Murat pidió al papa permiso para que transitase por el Estado eclesiástico un ejército suyo de 12,000 hombres. Sospechábase que existia el plan de apoderarse con tal pretexto de la persona de Pio VII. Este negó resueltamente la autorizacion pedida, y resolvió la salida de Roma. Nombró una junta de Estado presidia por el Cardenal de la Somaglia, que gobernase en su ausencia, y delegado apóstolico al Emmo. di Pietro.

La salida de S. S. se verificó el 22 de Marzo, en cuya fecha el cardenal Pacca publicó un manifiesto protestando contra la violacion del pacífico territorio del papa por las tropas de Joaquin Murat. Su Santidad, en la inteligencia de que el movimiento que se

verificaba á la sazón, solo duraria cosa de tres meses, en lo cual acertó grandemente, marchaba tranquilo á Liorna: y de allí pasó á Génova, siempre acompañado de su ministro Pacca. Ambos permanecieron en este punto desde el 3 de Abril, hasta que, dispersadas por el general Frimont las tropas de Murat, en 18 de Mayo, regresaron por Turin y Florencia, á Roma, donde se verificó la cuarta entrada del papa el 7 de Junio. Murat sorprendido en Pizzo (Calabria Citerior) pocos meses despues, fué condenado á la pena de muerte que sufrió con valor.

Napoleon habia logrado recobrar á Paris despues de una marcha de 20 dias: cien duró, ó poco mas, su dominacion; del 20 de Marzo al 9 de Julio. Derrotado en la jornada de Waterloó, que tuvo lugar en 18 de Junio, por los aliados, cuya retirada de Francia le alentára para su arrojada empresa, desapareció de la excena el hombre que fuera árbitro por tantos años de los destinos de Europa, entregándose á sus enemigos los ingleses. Fué destinado á la isla de Santa Elena, donde murió, en 5 de Mayo de 1821, arrepentido, segun se asegura, de los atroces atentados que se permitió hácia el virtuoso Pio VII. Muchas lágrimas ha costado al mundo la infausta dominacion de este guerrero; sin embargo no faltan ilusos que rindan cierto culto á su memoria, siendo una rara anomalía que tan desaforado *déspota* sea el ídolo de los que mas blasonan de entusiastas por la *libertad*.

Durante los *cien dias*, Napoleon habia escrito al Santo Padre sobre negocios eclesiásticos. Pero no se recibieron sus comunicaciones. Habia rénovado la mision diplomática de Fesch, quien fué acogido benignamente por el Papa, á pesar del viaje culpable que en tales momentos hizo á Paris.

El cardenal Consalvi regresó á Roma poco despues que el papa. A sus activas diligencias fué consiguiendo la declaracion del tratado de Viena, su fecha 9 de Junio, que restituía á la Santa Sede las Marcas con Camerino y sus dependencias, el ducado de Benevento y el principado de Ponte-Corvo; y además las legaciones de Ravena, Bolonia y Ferrara, á escepcion de la parte de la última situada á la orilla izquierda del Pó. El emperador de Austria se reservaba el derecho de tener guarnicion en las plazas de Ferrara y Comachio. Fué grande el entusiasmo por Consalvi al

saberse el resultado de su mision: este cardenal volvió desde luego á su ministerio.

En su alocucion de 4 de Setiembre el Papa esponia á los cardenales el estado de este asunto, dando gracias á los príncipes que habian apoyado su causa, católicos y no católicos, y haciendo mencion honorífica de su secretario de Estado: insinuaba una protesta respecto al territorio de Aviñon, que no le habia devuelto la Francia; y por el cual deseaba se le indemnizase en lo sucesivo y reclamaba contra la ocupacion de la parte próxima á Ferrara situada á la izquierda del Pó.

Evacuado Paris por Napoleon y restituido Luis XVIII á su trono, despues de una ausencia momentánea, continuaron las relaciones entre aquel Monarca y el Papa. Pio VII reclamó sus derechos á los territorios de Aviñon y el Condado repetidas veces, insistiendo en que se le indemnizase por ellos; pero estas gestiones no produjeron efecto alguno entonces ni despues hasta ahora. Por medio del insigne Canova reclamó igualmente el Pontífice las preciosidades artísticas que se habian estraído del museo de Roma, teniendo su origen este despojo en el tratado de Tolentino. La corte de Francia se mostraba muy remisa en satisfacer esta justa exigencia. Canova recurrió á los plenipotenciarios extranjeros; y el influjo de Wellington fué eficaz para hacerle recobrar muchos de aquellos objetos regalando los demás á nombre del Papa.

Tratóse especialmente en la correspondencia del rey Luis con el Pontífice de un nuevo Concordato. Escusado será entrar en pormenores acerca de estas negociaciones, que sufrieron mil vicisitudes. No habia por la parte de la corte de Francia la buena fé que fuera de desear en este asunto. Frecuentemente se hizo jugar en él la famosa declaracion de las libertades galicanas. Al fin, despues de deshacer una convencion bastante formal firmada en 25 de Agosto de 1816 y ratificada, se ajustó definitivamente el Concordato de 1817.

Las ratificaciones de este Concordato se cangearon en 16 de Julio del mismo año. A invitacion del papa, los Arzobispos y Obispos, y los Cabildos de las sillas vacantes, prestaron su consentimiento para la nueva demarcacion de las diócesis consiguiente al artículo 7.º Los Obispos de Cambray, Aviñon, Angulema y

Dijon, antiguos constitucionales, reincidentes despues de su retractacion, fueron escitados á renunciar: pero solo lo hizo el de Aviñon. Ademas en 19 de Julio confirmó Su Santidad el Concordato por la bula *Ubi primum*. En 27 del mismo, por la bula *Commissa divinitus*, Pio VII erigió 42 nuevas diócesis, señalando sus límites; procediéndose en seguida al nombramiento de nuevos Obispos.

Por otro lado, el papa no se olvidaba de procurar el establecimiento de un sistema administrativo cual lo reclamaban las necesidades del pais. Prueba de ello es el célebre *Motu proprio* que se habia publicado un año antes de la fecha del Concordato con Francia, esto es, en 6 de Julio de 1816: ley digna de la mayor recomendacion, y fruto de serias meditaciones. Por lo demás, Pio VII hizo por esta época otros varios Concordatos que nos contentaremos con citar; á saber, con la Baviera, con Nápoles, con la Prusia y con otras potencias del Norte. Tal era el estado de las cosas en Roma cuando llegó el año de 1820, que forma época en la biografía de Pio VII como en la historia de una parte de Europa.

La revolucion acaecida en España en 1820 y propagada luego á Nápoles, al Piamonte y al Portugal, no menos que á los remotos paises de Méjico, el Brasil y el Perú, causó mil amarguras á Pio VII, turbando nuevamente la tranquilidad de la Iglesia, despues de una breve calma. Asi en la península ibérica como en la itálica, quísose parodiar los atentados que tantas lágrimas costarán á la nacion francesa en fines del siglo XVIII. Los extremos de Italia sufrian el incendio: hubiérase podido temer que Roma, situada en el centro, fuese por él devorada. Pero el papa se mantuvo firme, imponiendo á los sediciosos; y el reposo público no se alteró en los Estados pontificios. Tropas auxiliares del Austria acudieron á los puntos de Nápoles y del Piamonte, y alcanzaron un completo triunfo sobre los rebeldes.

La España llamó particularmente en estos tiempos la atencion del celoso Pontífice. Cuando todavía los revolucionarios amenazaban mas de cerca la capital de sus Estados, en esta misma ocasion Su Santidad clamaba contra los proyectos y resoluciones de las Cortes de Madrid, dominadas por la funesta manía de innovarlo todo.

Es muy notable la carta que dirigió Pio VII al monarca español en 15 de Setiembre de 1820, contestacion á otra en que Fernando le habia hecho saber que el congreso habia decretado la supresion de los jesuitas. En esta comunicacion el papa, despues de tributar altos elogios al instituto de Loyola, muéstrase muy previsor respecto de los sucesos que iban á agolparse en aquel trienio, como se verá por los párrafos que aqui se transcriben y dicen así:

«Un torrente de libros perniciosísimos inunda ya á la España, en daño de la Religion y de las buenas costumbres; ya comienzan á buscarse pretextos para disminuir y envilecer al clero: los clérigos, que forman la esperanza de la Iglesia, y los seculares consagrados á Dios en los claustros con votos solemnes, son obligados al servicio militar: se viola la sagrada inmunidad de las personas eclesiásticas: se atenta á la cláusura de las vírgenes sagradas: se trata de la abolicion total de los diezmos: se pretende sustraerse de la voluntad de la Santa Sede en objetos dependientes de ella: en una palabra, se causan continuas heridas á la disciplina eclesiástica y á las máximas conservadoras de la unidad católica, profesadas hasta ahora y con tanta gloria practicadas en los dominios de V. M.

«Hemos dado orden á nuestro Nuncio cerca de V. M. de que hiciese respetuosamente, pero con libertad evangélica, las reclamaciones de que no podemos dispensarnos sin faltar á nuestras obligaciones; pero hasta ahora tenemos el disgusto de no haber visto aquel éxito que debiamos esperar de una Nacion que reconoce y profesa nuestra Religion católica, apostólica, romana, como la única verdadera, y que no admite en su gremio el ejercicio de ningun falso culto.»

En el curso de aquella revolucion, Pio VII mantúvose siempre enérgico, y prudente á la par. Opúsose á las innovaciones en materias religiosas, intentadas por autoridad incompetente y con miras nada plausibles: negó constantemente la institucion canónica á los electos para las mitras que no eran dignos de ascender á la sublime dignidad del episcopado: sostuvo con valentía la causa de los obispos y eclesiásticos desterrados y proscritos por los gobernantes de aquel período; pero al mismo tiempo, fué pródigo en justas concesiones.

El Nuncio de S. S. en Madrid, monseñor S. Giustiniani, á la sazón arzobispo de Tiro, dirigió al gobierno español multitud de notas sobre los escesos cometidos en materias religiosas durante el trienio constitucional; notas dignas del mayor elogio, generalmente hablando, por la erudicion en que abundan, y que hasta cierto grado forman un curso de derecho público eclesiástico.

La revolucion española terminó entonces su carrera despidiendo á este mismo Nuncio só pretexto de no querer el papa recibir como ministro de nuestra nacion en Roma al tristemente célebre D. Joaquin L. Villanueva. Pero la regencia establecida en Madrid á la entrada de las tropas francesas en 1823, invitó desde luego al Sr. Giustiniani á volver á su destino, dándole una satisfaccion, por orden de 8 de Julio.

El papa se iba debilitando de un modo alarmante. El 7 de Julio (dia fatal para él) dió una caida en su aposento, de la cual quedó muy maltratado. Al momento pidió el viático, conociendo que peligraba su vida. Siguió la enfermedad su curso: y durante ella, en 1.º de Agosto, Pio VII hizo una concesion á la España, á saber, la de un nuevo subsidio de treinta millones de reales sobre los bienes de ambos cleros, para aliviar los apuros del Erario.

El 20 del mismo mes se estinguió aquella preciosa vida tan agitada como ejemplar. Tenia á la sazón Pio VII 81 años y 6 dias; y habia reinado 23 años, 5 meses y 6 dias.

II.

El título de *siglo de Napoleon* que lleva el presente libro, último de la obra, no significa, cual se desprende de lo leído, una glorificacion del fundador del imperio francés, á quien, si es imposible negar grandes cualidades como militar y como político, especialmente en el primero de dichos sentidos, no puede dejar de hacersele, entre muchos y severos cargos, el de haber sido desconocedor de todo derecho, conculcador de todas las leyes divinas y humanas, y sustentador ante todo y sobre todo, de la supremacia de la fuerza sobre la justicia y la razon.

Pues bien, este aspecto del que sus admiradores llaman *Napoleon el Grande*, es lo que ha determinado la calificacion del